agentes del ciudadano Fouché; y los del interior Mr. Roland de Montrevel y el jefe de brigada del séptimo de cazadores, de guarnicion en Macon.

« A fin de no excitar sospechas, vestirán de paisano, pero irán armados hasta los dientes.

«Irá la silla de posta escoltada por doce cazadores de caballería con sus carabinas, sables y pistolas; siguiéndola á una regular distancia, para no ser vistos y correr en su auxilio cuando sea la ocasion.

« Al primer pistoletazo que se dispare, tienen la órden de poner al galope sus caballos y caer de sorpresa sobre los que hayan detenido el coche.

«A pesar de todas estas precauciones, ó mejor, á causa de ellas, soy de parecer que se obre tal como nos habíamos propuesto; esto es, deteniendo la silla en el sitio convenido de la Casa-Blanca.

« Si son de la misma opinion los compañeros, que se me avise sin tardanza: yo acompañaré la posta en clase de postillon, desde Macon á Belleville.

« El jefe de brigada queda por mi cuenta; que se encargue uno de vosotros del agente del ciudadano Fouché.

« En cuanto á Mr. Roland de Montrevel, nada le sucederá, pues, por un medio de mi exclusiva invencion, le impidiré salir del coche.

« Pasará la mala de Chambery por la Casa-Blanca el sábado á las seis de la tarde, sin falta alguna.

« Por lo tanto, contestarme en pocas palabras: El sábado á las seis de la tarde: esto bastará, y lo demas irá á las mil maravillas.

« MONTBAR. »

A media noche Montbar, que se habia quejado del ruido que hacia su vecino, logrando así trasladarse á otro cuarto en el extremo opuesto de la posada, fué despertado por un lacayo, el mismo que le habia llevado á la carretera su caballo ensillado.

Traia este criado una carta para Mr. de Jayat, quien abriéndola, leyó estas senciltas palabras:

«El sábado á las seis de la tarde.

«Morgan.»

«P. D. No olvidar en ningun caso que la vida de Roland de Montrevel es para nosotros sagrada.»

Enteróse con extraordinaria alegría de esta concisa contestacion: no se trataba esta vez de la simple detencion de una diligencia; era además una especie de lance de honor entre hombres de diferente opinion, un encuentro entre valientes.

No era solo el oro lo que iba á disputarse en medio de la carretera, sino que tambien se interesaba en aquel hecho el amor propio de los que en él debian tomar parte. No consistia todo el peligro en unas pistolas cargadas sin bala en manos de un niño; teníase que hacer frente á soldados aguerridos, provistos de toda clase de armas.

Quedaba todo aquel dia y el siguiente para hacer los preparativos. Quiso ante todo enterarse Montbar de quién era el postillon que á las cinco debia tomar el coche en Macon y correr la estacion, ó mejor, las dos estaciones que hay desde Macon á Belleville. Encargó asimismo la compra de cuatro clavos y dos candados que cerrasen con llave.

Sabia de antemano que el coche llegaba á las cuatro y media á Macon, donde se detenia á comer, volviendo á salir á las cinco en punto. Sin duda habia tomado ya Montbar anticipadamente sus medidas, pues luego de haber hecho este encargo á su criado, le despidió, echándose él á dormir como hombre que lleva un grande atraso en esta reparadora necesidad.

Al dia siguiente, eran ya las nueve de la mañana cuando salió de su cuarto. Preguntó con la mayor naturalidad al posadero por su ruidoso vecino, y supo que á las seis habia salido con la mala de Lyon á París con su amigo el jefe de brigada, pareciéndole al buen posadero que solo habian tomado sus asientos hasta Tonnerre.

No habia sido menor la curiosidad del jóven oficial, por lo tocante á Mr. de Jayat, que la que manifestaba este por aquel; pues habia preguntado quién era, si acostumbraba ir á la posada, y si querria vender su caballo.

Contestóle el posadero que conocia muy bien á Mr. de Ja-

yat, pues se alojaba muy á menudo en su casa en sus frecuentes visitas á Macon, y que en cuanto á su caballo, no creia, atendido el gran cariño que parecia tenerle, quisiese cederlo á ningun precio. Hubieron de satisfacer sin duda estas noticias al viajero, pues no volvió á insistir sobre el particular.

Despues del almuerzo, Mr. de Jayat, al parecer muy desocupado, hizo ensillar su caballo saliendo de Macon por el camino de Lyon. Mientras atravesó la ciudad, dejó ir al paso el caballo; mas una vez fuera de ella, púsole al galope.

Atravesó los pueblos de Varennes, Creches y Grinchay, no deteniéndose hasta llegar á la Casa-Blanca.

No podia, en efecto, como habia dicho Valensolle, elegirse sitio mas á propósito para una emboscada.

Estaba situada la Casa-Blanca en el fondo de un valle, en una hondonada, bañando las tapias de su jardin un riachuelo sin nombre que vá á reunirse con el Saona á las inmediaciones de Challe. Altos y frondosos árboles, plantados á la orilla del rio, se extienden en semicírculos, ocultando completamente la casa. En cuanto á ella, destinada antes á servir de venta, habia sido desde siete á ocho años abandonada, y empezaba ya á desmoronarse.

Antes de llegar á ella por la parte de Macon, hacia una revuelta la carretera, que impedia verla hasta muy corta distancia. Examinó Montbar el terreno con todo el cuidado de un general que va á examinar el campo de batalla, y sacando de su bolsillo un lápiz, delineó en su cartera un plano exacto, regresando luego á Macon.

Dos horas despues, salia el criado llevando este plano á Morgan, dejando enterado á su amo del nombre del postillon que debia conducir la mala: Llamábase Antonio. Entrególe además los cuatro clavos y los dos candados que habia ido á comprar.

Hizo subir Montbar una botella de vino de Borgoña, y llamar á Antonio. Al poco rato entraba este en su cuarto. Era un alto y gallardo jóven, de veinte y cinco á veinte y seis años, de la misma estatura que Montbar; quien, despues de haberle examinado de piés á cabeza, pareció quedar altamente satisfecho.

Detúvose el postillon en el umbral de la puerta, y llevándose la mano á su sombrero, al estilo militar:

—El ciudadano me ha hecho llamar? preguntó.—Sois vos el postillon que se llama Antonio? dijo Montbar.—Para serviros en todo lo que yo pueda, á vos y á la compañía.—Pues bien! sí, amigo mio, puedes servirme; cierra la puerta y acércate.

Cerró Antonio la puerta, y adelantando dos pasos hácia Montbar, llevó de nuevo la mano á su sombrero, diciendo:

—Estoy á vuestras órdenes, mandad.—Ante todo, dijo Montbar, podremos, si te parece, echar un trago á la salud de tu novia.—Oh! oh! de mi novia! exclamó Antonio, creeis que la gente de mi raela gasta novias? esto se guarda para los señores.—Si te figurarás, picaron, que vas á hacerme creer que con tu arrogante figura has hecho voto de casti-

dad?—Oh! no quiero hacerme tampoco el recatado hasta este extremo; no diré que á veces no se coja al vuelo algun amorcillo.—Es claro, á cada parada; á qué sino detenerse tantas veces con los caballos, á la vuelta, á remojar la garganta, ó encender el cigarro?—Bah! repuso Antonio encogiéndose de hombros, vale mas reir.—Por supuesto; prueba este vino, y yo te aseguro que no te hará llorar.

Y tomando Montbar un vaso lleno, hizo señal al postillon de que tomase el otro.

-A vuestra salud y á la de la compañía!

Era esta una locucion familiar al buen postilion; una es pecie de cumplimiento refinado, para el que no habia necesidad de que hubiese tal compañía.

—Ah! es excelente, dijo despues de haber bebido, no me lo habia parecido, antes bien le creia muy inferior.—Pues te has equivocado, Antonio.—Oh! sí, no hay duda, me he equivocado.—Pues es preciso, repuso Montbar volviendo á llenar el vaso, que repares la injusticia.—Un dedito nada mas, paisano, dijo el alegre postillon, colocando á lo largo su dedo, de modo que llegaba hasta el borde del vaso.—Aguarda, dijo Montbar, al momento en que Antonio iba á llevar el vaso á la boca.—Si os descuidais, no podeis salvarlo, contestó Antonio; iba ya á emprender su curso. Qué hay de nuevo?—Tú no has querido que yo bebiese á la salud de tu novia, pero supongo que no tendrás reparo en beber tú á la salud de la mia.—Oh! esto no puede negarse, sobre todo, con semejante vino: á la sa-

lud de vuestra novia y su compañía! y de un sorbo desapareció el líquido en su boca.—Oh! dijo Montbar, te has precipitado, amigo mio.—Cómo! repuso el postillon.—Es claro: como yo tengo muchas novias, sin nombrar aquella á cuya salud bebemos, de nada podrá servirle.—Es verdad!—Lo siento, pero es preciso volver á empezar, amigo.—No hay mas remedio! con un hombre como vos, conviene no hacer mal las cosas; yo he cometido la falta, justo es que la repare.

Alargó Antonio su vaso, que volvió á llenar Montbar hasta el borde.

-Vamos á ver, dijo echando una ojeada á la botella y asegurándose de que estaba vacía, no vayamos á equivocarnos otra vez. Su nombre?—A la hermosa Josefina! dijo Montbar.—A la hermosa Josefina! repitió Antonio. Y apuró de nuevo el vaso, con una satisfaccion que parecia ir en aumento.

Despues de haber bebido y enjugádose los labios con la manga, dejando el vaso sobre la mesa:

— Eh! dijo, no basta, paisano.—Qué? dijo Montbar; no ha ido esto en regla?—Ni por pienso; no ha ido bien, pero ya es tarde.—Por qué?—La botella está vacía.—Es verdad, pero por qué no ha ido bien?

Y tomó Montbar de encima la chimenea otra botella llena.

— Ah! ah! dijo Antonio, cuyo semblante se puso mas animado. — Tiene la cosa remedio? preguntó Montbar. — Creo que sí, contestó Antonio.

Y alargando al mismo tiempo el vaso, volvió á llenarlo Montbar, como lo habia hecho las otras tres veces.

- Decia, pues, prosiguió el postillon mirando el líquido que llenaba su vaso, que hemos bebido á la salud de la hermosa Josefina. - Esto es, dijo Montbar. - Pero, repuso Antonio, hay en Francia un sin número de Josefinas. - Cuántas te parece que habrá, Antonio? — Cien mil, á lo menos. — Concedido, y qué?—Supongamos que entre las cien mil son hermosas una décima parte. - Ya es mucho suponer. - Bueno, una vigésima, pues.-Corriente. - Serian cinco mil.-Sabes que eres muy buen aritmético? — Cómo que sov hijo de un maestro de escuela !--Ah! bien se conoce.--Pues senor, á la salud de cuál de las cinco mil hemos bebido?-Tienes razon que te sobra, Antonio; será preciso añadir el apellido al nombre de la hermosa Josefina. - Aguardad, el vaso está empañado, no sirve; para que sea provechoso á la salud de vuestra novia, es necesario vaciarlo y volverlo á Henar, and were an abstrator cornidiang last brane

Y llevándoselo á la boca:

— Ya está vacío, dijo.—Pues ya vuelve á estar lleno, contestó Montbar, poniéndolo en contacto con la botella.— Decid, pues, á la hermosa Josefina....—A la hermosa Josefina..... Lollier.

Y Montbar desocupó su vaso.

— Pardiez! dijo Antonio; Josefina Lollier, yo la conozco.—Tal vez. — Josefina Lollier es la hija del maestro de
dinversidad de nuevo leon
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REVES"

1880. 1625 MONTERREY, MEXICO

postas de Belleville.—Cabal.—Canario! no hay que teneros compasion, paisano, es una hermosa jóven; á la salud de la hermosa Josefina Lollier!

Y con estas palabras apuró el quinto vaso de Borgoña. - Y bien, preguntó Montbar, comprendes ahora por qué te he hecho llamar, Antonio? - No, pero por esto no os quiero menos.—Eres muy amable.—Oh! soy un buen muchacho.-No lo dudo, voy á comunicarte mi secreto.-Hablad. - Antójaseme que con el vaso vacío [no tendrias el oido bastante fino; llenémoslo pues. — Cuán previsor sois! habreis sin duda sido médico de sordos. - No; mas no por esto conozco menos lo que mas conviene, contestó Montbar volviendo á llenar el vaso. - No vayais á creer que mi aficion al vino llegue hasta el extremo de hacerme perder la cabeza. — Oué disparate! cuando uno se mantiene tan firme sobre sus estribos como tú en este momento, no hay motivo para sospechar tal cosa. - Pues ya veis! dijo Antonio esforzándose en guardar el equilibrio; pero aun no me habeis hablado de vuestro asunto.-Has dicho que no sabias porque te habia mandado llamar .-- Y es la verdad, paisano .-- Sin embargo, algun fin habrás creido tendria para hacerlo ?-Bueno ó malo, siempre se propone el hombre algun fin, así á lo menos lo asegura nuestro buen cura, repuso sentenciosamente Antonio.-Pues bien, el que yo me propongo, amigo mio, es penetrar de noche en la habitacion del tio Nicolás Lollier, maestro de postas de Belleville. - De Belleville, repitió Antonio siguiendo las palabras de Montbar con toda la atencion de que era capaz, ya entiendo; quereis penetrar de incógnito en la habitacion de maese Nicolás Lollier, maestro de postas de Belleville, para tener un buen rato con la hermosa Josefina? Lo he acertado?—De medio á medio, querido Antonio; y me obliga á presentarme de incógnito la tenacidad del viejo Lollier, que ha prohibido á su hija hablar conmigo.—Corriente; pero qué tengo yo que ver con todo eso?—Conservas aun las ideas algo oscuras, Antonio; un nuevo traguito acabará de aclararlas.—Teneis razon.

Y de un sorbo apuró su sexto vaso de vino.

— Dices qué tienes que ver con esto, Antonio?—Pues es claro; qué puedo yo hacer para remediarlo?—Puedes hacerlo todo, amigo mio.—Yo?—Tú.—Ah! pues tengo curiosidad de saberlo; á ver, ayudadme á aclarar mis ideas.

Y diciendo esto, alargó de nuevo el vaso.

—No te toca mañana acompañar la silla de posta de Chambery?—Sí, á las seis.—Pues bien, supongamos que Antonio sea un buen muchacho.—No basta suponerlo; podeis asegurarlo.—Entonces, hé aquí lo que haria Antonio.—Veamos, qué haria?—Ante todo, apurar este vaso.—Oh! esto es muy fácil; ya está.—Luego, ganar estos diez luises.

Y hablando así, dejó caer en la mesa diez luises de oro.

—Ah! ah! exclamó Antonio, qué amarillitos! creia que habian emigrado todos, estos diablos.—Pues ya ves que aun томо п.

han quedado algunos.-Y qué debe hacer Antonio para metérselos en la faltriquera?—Nada mas que prestarme su mejor traje de postillon. - A vos? - Y permitir que ocupe yo su puesto mañana por la tarde. - Ah! ya.... para ver de este modo á la hermosa Josefina, sin ser conocido. - Cabal; llego á las ocho á Belleville, entro en la cuadra, digo que los caballos están muy fatigados y que es preciso dejarlos descansar hasta las diez ; de las ocho á las diez comprendes ?-Dos horas de gloria: allá se las avenga maese Lollier. - Con que, entendidos? - Entendidos; soy jóven, y sigo el partido de los jóvenes; soy soltero, y favorezco en lo posible á los de mi estado: cuando sea viejo y tenga hijas, ya será otra cosa; entonces, ojo al Cristo! - De manera que mañana me entregas tu mas hermosa chaqueta y todos tus demás atavíos.-Precisamente tengo una que no tiene igual.-Y me cedes tu puesto ?-Con mucho gusto. - Y yo te entrego estos cinco luises adelantados. - Y los otros cinco ? - Mañana al cojer el látigo; pero una cosa he de advertirte. — Cuál? — Como se habla tanto de los ladrones que salen á robar los coches, cuidarás de que en la silla del delantero haya pistoleras.-Por qué ?-Toma! para meter las pistolas. -Dejaos de tonterías; no vayais á indisponeros con esos guapos chicos. - Cómo! guapos chicos llamas á los salteadores que salen á robar las diligencias?-Bah! no creo que por robar el dinero del gobierno merezca uno el nombre de salteador. -- Lo crees así? Y no soy el único; muchos son del mismo parecer. Lo

que sabré deciros es que si yo fuese juez, no me atreveria á condenarles.—Serias capaz hasta de beber á su salud ?—Sí, á fe mia, mayormente si el vino se lo mereciese.—Pues vamos á verlo, dijo Montbar, echando en el vaso de Antonio todo el que quedaba en la segunda botella.—Vaya un gran sacrificio! á la salud de los compañeros de Jehú!—Así sea, contestó Montbar. — Y los cinco luises ? dijo Antonio, dejando el vaso sobre la mesa.—Tómalos.—Gracias; no faltarán las pistoleras; pero creedme, no pongais en ellas pistolas, ó si las poneis, no las cargueis con bala, como hace el compadre Gerónimo, conductor de la diligencia de Ginebra.

Dada esta filantrópica advertencia, despidióse el postillon de Montbar, cantando con voz enronquecida por el vino, al bajar la escalera:

Levantéme al rayar la aurora
Y gozoso al bosque volé;
Dormidita una hermosa pastora
Entre robles y encinas hallé:
Despertándola «os seria mi bella,
Grato oir de un pastor la cancion?»
De un pastor á mí? dijo ella...
Ay? callaos, callaos, burlon.

Escuchó Montbar atentamente al cantor hasta el fin de la segunda copla; mas por grande que fuese el interés que le inspiraba la cancion de Antonio, como á medida que se iba alejando se hacia menos perceptible la voz, hubo de renunciar por entonces á saber el resto de la misma.